

Thierry Laget

Proust,
Premio Goncourt
Un motín literario

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2019

Índice

La trufa y el salsifi (1897-1913)	9
Más desconocido que muchos principiantes (1913)	17
Hombres que saben qué es la novela (1918-1919)	29
El caso Marcel Proust (junio-noviembre de 1919)	44
El peligroso honor de combatir (abril-noviembre de 1919)	50
¿Para quién el Premio Goncourt? (16 de noviembre-9 de diciembre de 1919)	57
Un hombre que duerme (miércoles 10 de diciembre de 1919)	81
Y volverá a <i>Fantômas</i> (11 y 12 de diciembre de 1919)	94
Unas dulces manos de mujer (viernes 12 de diciembre de 1919)	104

El hombre a quien nada le ha sucedido (diciembre de 1919-abril de 1920)	112
Mucho ruido y pocas nueces (diciembre de 1919-abril de 1920)	127
Mil cartas de felicitación (diciembre de 1919-abril de 1920)	138
Los desvaríos de las Danaides (diciembre de 1919-abril de 1920)	148
Envenenados por la Action française (mayo de 1919-abril de 1920)	163
Roland Dorgelès, Premio Goncourt (1919-1999)	179
Del otro lado del Tiempo	193
<i>Notas</i>	207
<i>Comparativa de tiradas</i>	241
<i>Dossier de prensa</i>	243
<i>Agradecimientos</i>	253

La trufa y el salsifi

1897-1913

El 15 de febrero de 1897, en Drouot, empieza a dispersarse la colección de los hermanos Goncourt. En apenas treinta y tres sesiones se agota el tesoro acumulado durante cincuenta años, y, hasta el verano, el cuerno de la abundancia del «granero» de Auteuil se derramará en los salones de la casa de subastas: muebles de Boulle, terracotas de Clodion, sanguinas de Fragonard, pasteles de Watteau, grabados costumbristas de Greuze o Boucher —*La Bouquetière galante, La Charmante Catin, Les Hasards heureux de l'escarpolette*—, porcelanas de Meissen, tapices de los gobelinos, de Beauvais, de Aubusson, álbumes japoneses, mosaicos con cáscaras de huevo, marfiles, abanicos y encuadernaciones en cuero rojo, en becerro leonado, ejemplares de obras maestras de la literatura romántica y naturalista —Balzac, Hugo, Flaubert, Zola—, enriquecidos con dedicatorias, y todo el fondo de una biblioteca de curiosidades —*La Manière simple d'accommoder les pommes de terre, Le Ventriloque, L'Art de soigner les pieds*—. La subasta lo devora todo, y la venta produce «más de trescientos mil francos», de esos francos convertibles en oro que, al igual que este metal, parecen inalterables y que, según se dice, garantizarán la inmortalidad de los Goncourt.

Edmond de Goncourt saborea este éxito anticipadamente, tasando sus colecciones, hablando de ellas en los periódicos, e incluso organizando, en su testamento, su dispersión, a fin de que esas «cosas de arte», que han sido «la felicidad de [su] vida, no tengan la fría tumba de un museo, y la mirada boba del visitante indiferente». Así, cree que «el placer que [le] ha procurado la adquisición de cada una de ellas, revivirá para cada una de ellas, en un heredero de [sus] gustos».

Puesto que la verdadera muerte es el nombre que cae en el olvido y el gusto que se desvanece. Sin embargo, para perpetuarlos, Jules y Edmond idean el proyecto de crear una sociedad de hombres de letras que, con los intereses del capital que producirá la futura venta, tendrán la misión de conceder anualmente un premio a un escritor que lo merezca. Tras la muerte de Jules en 1870, será Edmond quien establecerá los detalles del proyecto en su testamento.

La primera cláusula, sarcástica, apunta a la Academia Francesa: «Para tener el honor de formar parte de la Sociedad, será necesario ser un hombre de letras, únicamente un hombre de letras, no se aceptará ni a nobles, ni a políticos».

«Con respecto a las 5.000 libras de renta —prosigue Edmond [hombre del Antiguo Régimen que no conoce los francos]—, se destinarán a un fondo para un premio anual destinado a remunerar una *obra de imaginación*. Este premio se concederá a la mejor novela, a la mejor colección de relatos, al mejor libro de impresiones, al mejor libro de imaginación en prosa, y exclusivamente en prosa, publicado a lo largo del año. Los miembros de la Sociedad honrarán mi memoria si tienen a bien llamarlo “el premio de los Goncourt”.»

Una última cláusula, ambigua, parece redactada únicamente para favorecer las interpretaciones, las polémicas, y por tanto la continuidad del proyecto: «Mi mayor deseo, deseo que rue-

go a los futuros jóvenes académicos que tengan siempre presente en la memoria, es que este premio se conceda a la juventud, a la originalidad del talento, a los experimentos nuevos y audaces del pensamiento y de la forma. La novela, en condiciones de igualdad, será siempre la prioridad».¹

En toda su vida, ninguno de los Goncourt ha escrito un solo verso, y la Academia Francesa no da por entonces más valor a una novela que a una canción de taberna o a un cuento de hadas: ya ha rechazado a Balzac, a Dumas, y rechazará —¡veinticinco veces!— a Émile Zola. La misión de la Academia Goncourt será por tanto enmendar ese error, asegurar el triunfo de la prosa acogiendo en sus filas a novelistas. Con Edmond todavía vivo, ya circula la lista de sus herederos, que verán cómo sus nombres se añaden o se tachan en función de las publicaciones, las enemistades, los cortejos fúnebres, de tal modo que, en definitiva, el lugar de Flaubert, Zola, Fromentin, Barbey d'Aurevilly, Alphonse Daudet, Maupassant, Loti, lo ocuparán los Descaves, los Céard, los Hennique, los Ajalbert, los Léon Daudet, articulistas promovidos a novelistas, antiguos altos funcionarios, poetas oficiales, burócratas bohemios, plagiadores, provocadores, tediosos, metódicos, decurias de segundas espadas, y, salvo honrosas excepciones (Huysmans, Colette, Giono...), la composición de la Academia raramente se alzaría por encima de ese ideal de mediocridad que, como su palmarés certifica, constituye su principal ambición.

Léon Daudet se regocijaba analizando los defectos de la Academia Francesa, mundana cuando debería haber sido literaria, pero tal vez no veía que algún día esta misma peculiaridad amenazaría de muerte a la Academia Goncourt: «Se llega, por este camino de la concesión, o de la eterna hipocresía, a meter en el mismo saco a Fustel de Coulanges y a Frédéric Masson; a Luchaire y a Hanotaux; a de Curel y a Brioux; al sobresaliente y al

mediocre, al esencial y al insignificante, la trufa y el salsifí. A la larga, la inferioridad de sus elecciones acaba desacreditando una institución antigua, respetable y útil. Ocurre entonces que esas mismas “elecciones” reparten los premios, las coronas y los laureles a mediocres que se les parecen, o se esfuerzan en parecerseles».²

Sin embargo, Edmond y Jules de Goncourt eran conscientes de cuán imperfecta era esta fórmula: «Las academias se han inventado únicamente para preferir a Bonnassieux antes que a Barye, a Flourens antes que a Hugo y a todo el mundo antes que a Balzac», dicen en 1866. Y, dos años más tarde: «Como, esta vez, eran dos poetas los que se presentaban al mismo tiempo a la Academia, uno llamado Autran, y el otro Théophile Gautier, y que la Academia ha escogido a Autran, mi convicción profunda, inapelable, es que la Academia está compuesta mayoritariamente de cretinos o de gente verdaderamente deshonesto: les dejo elegir». Quizá Marcel Proust piensa en Edmond —«un viejo altivo y tímido» con quien coincidió en 1895 en casa de Alphonse Daudet y en la de la princesa Mathilde— cuando la duquesa de Guermantes menciona a «esos artistas de vanguardia que se han pasado la vida vapuleando a la Academia y que, al final, fundan su propia pequeña academia».³

Edmond de Goncourt muere en el verano de 1896, pero su Academia no se reúne por primera vez hasta 1903, debido a las numerosas dificultades que surgen a raíz del contencioso para resolver la sucesión; deben hacer valer sus derechos ante unos primos olvidados de provincias que aparecen de improviso para reclamar su parte del botín, ante unas instituciones benéficas que esperan poder dedicar el dinero a sus obras de caridad, y ante el mismísimo Consejo de Estado, que alega unas objeciones bizantinas. Para que se respeten las últimas voluntades de Edmond de Goncourt será necesaria toda la elocuencia de Ray-

mond Poincaré, abogado de los ejecutores testamentarios y futuro presidente de la República.

El revuelo alrededor de estas peleas, los escritores descartados, los premiados cuestionados, la competencia con la Academia Francesa hacen que, desde el primer momento, el Premio Goncourt despierte el interés de la prensa, que se recrea en estas polémicas. Si en un principio las tiradas del libro ganador no aumentan ostensiblemente, al menos los cinco mil francos concedidos al ganador son un *premio* por el que no descartan venderse aquellos mismos que, *a priori*, son los más reacios a este tipo de mercadeo, como Paul Léautaud, quien, en 1903, duda si presentar *Le Petit Ami* al Premio Goncourt, ya que lo encuentra «espantoso» —«¡Un premio! ¡La literatura premiada! ¡Pobres cosas! ¡Colegiales!»—, pero añade: «¡Es cierto que son cinco mil francos!».⁴ El premio, esta vez, recae en John-Antoine Nau. A lo largo de los años, empieza a desgranarse el rosario de santos laicos canonizados por la nueva Academia, a los que hoy en día tan solo rezan algunos fieles en unos templos en ruinas: Léon Frapié, Claude Farrère, Jérôme y Jean Tharaud, Émile Moselly, Francis de Miomandre, Marius-Ary Leblond, Louis Pergaud, Alphonse de Châteaubriant, André Savignon.

Y el monstruo académico, que se alimenta de todo —veneraciones, aversiones, escándalos— no deja de engordar. Cuanto más se desacredita, más prestigio adquiere ante el público. Cuanto más se lo ataca, más parece alzarse por encima de las peleas que él mismo ha provocado. «A ese vampiro de las letras —escribe Robert Scheffer—, el viejo y ridículo Goncourt, que creó el famoso premio por vanidad y para salvar su nombre de un olvido seguro, habría que, siguiendo el ritual, atravesarle el corazón con una estaca bien afilada a fin de que cesen sus hazañas. En cuanto a los demás miembros de su Academia [...]

que se les cuelgue, puesto que se arrogan el derecho de juzgar y descartar obras superiores a las suyas.»⁵

El siglo de los premios literarios ha empezado. A partir de 1904, la revista femenina *La Vie heureuse* crea el suyo propio, precursor del Femina, igualmente dotado con cinco mil francos, y que se convierte muy pronto en la principal competencia del Goncourt; su jurado está compuesto únicamente por mujeres, ya que el del Goncourt no cuenta con ninguna. En 1914, la Academia Francesa crea a su vez el Gran Premio de novela, que ofrece diez mil francos al ganador. Cuanto más numerosos y más absurdos son los premios literarios, más triunfa el Goncourt: en 1919, los almacenes Bon Marché y Printemps entregan cada uno el suyo, e inventan un premio de quinientos mil francos —pero son quinientos mil francos en «moneda de poeta», que es tan convertible como el dinero de juguete—. En 1924, ya se contabilizan casi cuatrocientos, y actualmente son más de dos mil. Todo el mundo reconoce la supremacía del Goncourt, sobre el que, en 1923, Valery Larbaud explica que lo concede una institución «considerada la Academia de los Jóvenes, del Arte por el Arte»: «El hombre que no compra más que un libro al año compra el libro coronado por la Academia Goncourt: cree que es la “mejor novela del año”».⁶

La Academia Goncourt tiene sus reglas. Escoge al laureado tras comer en uno de los salones de un restaurante de la capital —Forain la apoda «la Academia del mantel»—. Al principio se trataba de una cena, en Champeaux, en la plaza de la Bourse, después en el Café de Paris, en la avenida de la Ópera. Estos ágapes garantizan la sinceridad y la cordialidad de los debates, como explica Léon Daudet, que recuerda que la mayor parte de los comensales son «viejos camaradas de letras», cuyo afecto «ha sobrevivido a las peores tormentas políticas», que jugaban «a la pelota, a saltar y a correr» en el jardín de Champrosay, mien-

tras el dueño del lugar, Alphonse Daudet, «apoyándose en su bastón, concedía el premio, regado, durante la cena, con algunas botellas de un Romanée-Conti de Régnier e hijos, de Dijon, que, como suele decirse, no era poca cosa». «Después devorábamos cangrejos, bien especiados, escaldados —especialidad de la casa— que nos ahorraron, desde 1886, cualquier tentación de devorarnos entre nosotros.»⁷

Sin embargo, año tras año, la Academia Goncourt envejece y se acuesta, ella también, temprano, tras haber cenado únicamente un ponche de huevo. A partir de 1914, los Diez se recluyen en el restaurante Drouant, en la plaza Gaillon, donde almuerzan una vez al mes. El cubierto cuesta «28 francos por cabeza». «Es exagerado, sobre todo en un local tan deficiente y con una comida tan cuestionable», protesta Émile Bergerat.⁸

El premio se anuncia en la última reunión del año. Entre filetes de rodaballo a la «bonne femme» y pularda con gelatina de estragón, se procede a varias votaciones de cortesía, no tanto para seleccionar a los candidatos sino para evitar ofender a aquellos a quienes se les había prometido el voto, o para hacerles un poco de publicidad. Cada miembro se pronuncia a mano alzada, y algunos de ellos son fervientes defensores de este tipo de votación, como Gustave Geffroy, quien, antes del premio de 1913, alertaba a sus colegas: «Habrás también que evitar la votación secreta que tal vez se proponga. En este aspecto soy intransigente y no renunciaré a nuestra tradición, ya establecida, de votar a cara descubierta». Pero ¿qué teme de un juego de más caras?⁹

Sobre el mantel, se apartan los vasos de Traminer y de Clos Vougeot, el secretario abre la página del registro donde anota el resultado de las deliberaciones. Después del helado de Ermenonville, de los *petits fours* y de la cesta de frutas, mientras las tazas de café humean y las puntas de los cigarros se vuelven in-

PROUST, PREMIO GONCOURT

candescentes, se elige al ganador, se escribe su nombre en un papel, que se da a un camarero que lo lleva a la cajera que lo entrega a los periodistas que van en busca del elegido para conseguir una foto y sus primeras impresiones, antes de lanzarlo desnudo, en carne viva, a la hoguera de la gloria.